

OTRAS RAZONES

ORGULLO

Confundido con la soberbia, la vanidad, el amor propio o el amor de sí mismo, el orgullo no goza de consideración social. La religión de las iglesias y la moral de los moralistas cometieron la felonía de tratarlo como pecado capital de los ángeles y vicio sustancial de los hombres. El motor de la rebelión contra la ley de Dios y la Naturaleza. Una pasión de libertino. Intimidados por tan negra sospecha, los clásicos psicólogos del alma no abrieron la puerta íntima que les habría dado el conocimiento del virtuoso secreto del orgullo. Que nunca será quebrantamiento del deber de reconocer a los demás como iguales por naturaleza. No vieron que la sensación de superioridad vital anidada en el sentimiento de orgullo, a diferencia de la que está animada por la soberbia, no guarda relación con la idea de igualdad de las leyes naturales o políticas. Su campo de acción está confinado en el noble reino de la vida del espíritu y el espíritu de la vida. Por eso Alain lo incluyó dentro de los sentimientos de dignidad. Pero, ofuscado por la tradición satánica del orgullo, lo acompañó del movimiento de cólera propio de la soberbia. Y lo contrapuso, tontamente, a la modestia.



dumbre ante ese ideal se contagia, por simpatía, de su elevada dignidad. Orgullo sólo del espíritu. Consciente «fierte» de saberse siervo de Dios o la Belleza, de la Verdad o la Justicia, o, para mí, del Amor y

la Libertad. Siempre insatisfecho de lo que realiza, el orgullo no aspira a ser comprendido. Pues conoce el mundo social. Y contra la hostilidad del medio donde despliega los efectos de su acción, se gratifica con la hermosura de la causa que la inspira.

De la conciencia de superioridad de una vida ideal, sobre otras formas de vida corriente, nace el sentimiento de orgullo. Pasión tan pura como la del amor puro. Pero más lúcida. Que nace y se mantiene ingenua porque la sensación de superioridad que la alimenta no viene de la apropiación de la grandeza del ideal al que sirve, ni del disfrute de ella, sino de la clarividencia: «No me siento superior a ti porque mi ideal sea superior al tuyo, ni porque sea el mío, sino tan sólo porque, no perteneciéndome, sé que le pertenezco».

Antonio GARCÍA TREVIANO

HORIZONTE PENAL

El espía judicial se ha quedado este año sin vacaciones navideñas y prefiere aprovechar la marcha de tantos funcionarios judiciales para andar a sus anchas por los despachos. Según le ha dicho a Juan Bravo, hay un asunto que le mantiene inquieto y no quiere descansar hasta haberlo resuelto.

Quiere el espía enterarse a toda costa del momento en que se dará a conocer una sentencia de la Audiencia Nacional, y de lo que dirán en ella los magistrados. Porque lo que se escriba en ese papel timbrado puede alterar el panorama electoral del próximo mes de marzo. Se trata del último juicio al que ha sido sometido el ex presidente de Banesto, Mario Conde,

anunciado ya como próximo cabeza de lista del la UC-CDS, los desconocidos herederos del partido que fundó Adolfo Suárez.

Si los jueces terminan sus deliberaciones antes de que comience la carrera electoral y, como asegura el espía que ocurrirá, la sentencia es condenatoria, Mario Conde no tendrá que esperar resultado de las urnas alguno. Habrá perdido incluso la ocasión de poder concurrir como candidato.

Otra cosa es que el espía se equivoque (cosa no extraña, por otra parte) y que la sentencia esté todavía «demasiado verde» para salir. O que, al final, Conde se salve *in extremis*.

Juan BRAVO

LA CIENCIA DESDEÑADA

¿Por qué ha sido tan modesta la aportación de España a la ciencia moderna, contrastando con la creatividad y vitalidad mostradas en otros campos de la cultura y de la acción? La mera escasez de re-



cómica. Sólo un sociobiólogo en nuestros días podría aceptar semejante idea —de la cual se burlaba ya el gran matemático Rey Pastor hace años— según la cual los pueblos están guiados por un mágico determinismo. El

cual sería biogénico en el caso de dicho hipotético sociobiólogo o expresión de una misteriosa alma colectiva, sellada indeleblemente para un peculiar destino. No en tales fantasías sino en los avatares de nuestra historia debemos encontrar las claves de nuestra situación y las fórmulas de su terapia.

Tras un brillante amanecer, a finales del siglo XV y primera mitad del XVI España emprende un derrotero que la aleja del mundo moderno. Nadie vio y denunció este extravío como el genial Cervantes, al crear la figura de Don Quijote. El Hidalgo equipado con arcaicas armas anclado en la nostalgia de tiempos idos, que se estrella contra la realidad. Que arremete contra rebaños y contra elementales máquinas fabricadoras de la nutritiva harina, del pan que debe alimentar a nuestro pueblo. Hay evidente grandeza en el empeño del Hidalgo en cuanto le guía la utopía de la justicia y Cervantes, aún orgulloso de haber participado en Lepanto, simpatiza con él, pero ve certeramente su descarrío. Han muerto los valores del heroísmo caballeresco, se abren los de la burguesía ascendente, y se hace presente la técnica; materializada no sólo en molinos, aceñas y batanes, sino anticipadamente en máquinas voladoras, como Clavileño y pensantes, cual la cabeza parlante. Poco antes del Discurso del Método el Quijote anuncia de un modo profundamente original la modernidad. Y la ceguera de una historia que se encierra, tras haber expulsado a los judíos y moriscos, empobreciendo nuestra cultura y privándonos de una importante fuerza de trabajo intelectual y agrícola.

Podrá observarse que fue éste un destino inicial. Contra él lucharon los ilustrados, como Jovellanos. Pero vendrá una segunda etapa con el desarrollo del capitalismo industrial. En ella se repetirá la actitud de incompreensión frente al papel de la ciencia. Nuestras clases dominantes seguirán desconfiando de la «peligrosa novedad de discurrir», la Iglesia preferirá mantener dócilmente atadas las conciencias y nuestro medroso capitalismo, en lugar de innovar y competir, se amparará en un proteccionismo que asegure comodamente su mercado. ¿Para qué, entonces, la ciencia? Sólo figuras heroicamente luchadoras se esforzarán en el empeño de pensar e investigar, hasta que puedan organizarse a fines del siglo XIX, y en el primer tercio del que ahora muere hasta la Guerra Civil, abriendo las perspectivas de una ciencia en España.

Y ahora en la construcción de nuestra democracia nos encontramos ante un nuevo desafío ¿nos resignaremos a que piensen e investiguen otros? ¿queremos participar en la empresa científica universal? Ello exige un esfuerzo de nuestra política muy superior a la actual. Pero sin él no seremos sino una colonia política e intelectual.

Carlos PARÍS

